

Humberto Muñoz García*

UNAM: factores de cambio

Recientemente, en el Centro de Estudios sobre la Universidad de la UNAM, se realizaron dos seminarios para tratar los problemas actuales y futuros de la Universidad, en los que participaron investigadores mexicanos y latinoamericanos. Se trataron cuestiones de gran importancia para nuestras casas de estudio que deben ser compartidas con un público más amplio, a fin de que se comprendan mejor las dificultades y posibilidades que tiene el país respecto a su educación superior. De los temas tratados, el autor de estas notas considera de interés registrar y comentar tres puntos.

La Universidad frente a la globalización

Antes de la firma del Tratado de Libre Comercio TLC, había inquietudes y debates acerca de cuáles serían los posibles impactos de la apertura económica sobre el sistema educativo en el nivel superior. Hoy en día, estadounidenses y canadienses se aprestan a realizar diagnósticos y a estudiar las implicaciones de la globalización sobre las universidades, y México no puede dejar de lado por más tiempo el análisis, ahora que el acuerdo trilateral de comercio es una realidad.

El impacto de la internacionalización de la economía sobre la Universidad mexicana tiene diversas facetas, pero todas implican la realización de cambios sustanciales en la estructura y dinámica de las instituciones y de la alteración del sistema de enseñanza superior en su modo de operar. Así, hay que discutir qué cambios y qué mantenemos.

Hasta ahora, los cambios siguen lineamientos generales de política que señalan la necesidad de una relación más intensa entre la Universidad y el sistema productivo. Se espera que las instituciones sean capaces de adecuar su producción de conocimiento a los requerimientos de la economía, y que formen recursos humanos acordes a las condiciones del mercado laboral. El punto es que el sistema educativo propicie la competitividad, que es una de las dimensiones clave del proyecto modernizador.

Las universidades reciben presiones internas y externas, algunas legítimas, para cambiar en esta dirección. Sin embargo, como es ampliamente reconocido, en particular por los propios universitarios, los objetivos de estas instituciones son muchísimo más amplios. En una sociedad tan desigual y diferenciada como la mexicana, con un vasto conglomerado de población por debajo de la franja de pobreza, la Universidad tiene el

deber ineludible de contribuir de manera eficaz a satisfacer necesidades sociales de los grupos menos beneficiados. Para ello, habrá de constituirse en una organización más integrada a su entorno social, innovadora, humanista y propositiva. Por tanto, más rigurosa en su quehacer y más identificada con su *ethos* académico.

La Universidad de esta época tiene que estar a la vanguardia del conocimiento y de la aplicación de éste a la actividad económica, pero también prestar la debida atención a los enormes rezagos y carencias de la población, a la formación de científicos y profesionales de calidad capaces de servir a los sectores público, privado y social; no menos importante, desempeñar su papel tradicional como generador de valores ciudadanos para una participación política responsable.

La formación de recursos humanos de alto nivel es una de las maneras como la Universidad contribuye a la solución de problemas y a dinamizar el todo social. Este proceso significa un gran desafío político para los cambios educativos, ya que el sistema universitario, para cumplir con uno de sus fines esenciales, deberá dar cabida hacia el año 2000 a una población estudiantil de aproximadamente el doble de la que había en 1987 y mantener la tasa de atención en los mismos niveles que entonces. Esta presión resulta, en buena medida, de las transformaciones en la estructura de edades y de la persistencia de expectativas en las familias para que los hijos alcancen este nivel escolar. Así, habrá que contar con recursos financieros para ampliar, fortalecer e integrar la infraestructura, formar y calificar al magisterio que afrontará esta tendencia y romper el falso dilema entre expansión y calidad de la enseñanza.

El país requiere formar profesionales y posgraduados en todas las áreas del conocimiento y propiciar una mejor distribución de los mismos en el territorio nacional, de tal manera que puedan corregirse lo más posible las asimetrías que se presentan frente a los países desarrollados y las desigualdades regionales que en esta materia existen en el territorio.

En México se expandieron y descentralizaron notablemente las oportunidades para acceder a la educación superior sin que se eliminara el hecho de que la mayor parte de la población ostenta una mínima escolaridad. La expansión educativa, sin embargo, no llegó a producir una franja sustancial de recursos humanos altamente calificados. Según datos del censo de 1990, se cuenta con una base de profesionales y posgraduados



Foto: Alberto Carrillo

relativamente pequeña a las necesidades que ya tiene hoy la sociedad. Esta fuente indica que existen 1.3 millones de personas que no completaron su educación superior y, apenas, 1.9 millones que sí la concluyeron. Indica, además, que sólo hay 350 mil personas, aproximadamente, que estudiaron algún posgrado. Por ello, el país está muy lejos, todavía, de contar con índices de profesionales en la fuerza de trabajo de la magnitud que tienen, por ejemplo, los de Estados Unidos y Canadá.

Además, el análisis de la fuente citada pone de manifiesto la elevada concentración de este conjunto demográfico en unos cuantos lugares del país, particularmente en los que se refiere a algunas disciplinas científicas y humanísticas, lo cual quiere decir que por la falta relativa de población con alta escolaridad existentes en la República que pueden quedar al margen de la competencia y de lograr un mayor desarrollo y bienestar.

El problema de la equidad

Este punto se ha discutido a partir de resultados de investigación acerca del acceso, permanencia, rendimiento y egreso de los estudiantes a las instituciones de educación superior. Más que llegar a conclusiones, se han establecido varias hipótesis de trabajo, en virtud de las limitaciones en el alcance institucional de los análisis y la escasez de información, que sigue siendo un obstáculo para avanzar en el conocimiento de los elementos que influyen en esta problemática.

Algunos datos indican que durante buena parte del decenio pasado, hubo una caída en la tasa de crecimiento de la matrícula universitaria, particularmente entre la población masculina. Los resultados sugieren que el origen de clase y las condiciones socioeconómicas de las familias tuvieron una mayor influencia para limitar el ingreso a las instituciones de educación superior, en relación con la que tuvieron en otros períodos.

Estas tendencias se tradujeron en: la feminización del alumnado, el mantenimiento de una matrícula orientada a las carreras administrativas y sociales, y cambios en la composición social del estudiantado en favor de sectores de más altos ingresos, revirtiéndose, en parte, lo ocurrido durante los años setenta. Las investigaciones sugieren que en el pasado reciente la clase media que se pauperizó experimentó un deterioro en sus posibilidades de entrar a la Universidad y hacer una carrera. Dicha tendencia se presenta a nivel agregado, toda vez que en instituciones públicas de gran tamaño, dentro y entre facultades y escuelas, pueden aparecer diferencias

varias en la composición social de los educandos.

La realización de estudios en la Universidad está asociada a dos ejes de factores: los propiamente académicos y, de nuevo, los que se refieren a la situación socioeconómica de los estudiantes. Así, lo que se conoce hasta ahora indica que el segundo eje influye sobre la permanencia, rendimiento y egreso en el nivel superior. Por ejemplo, estas variables escolares se alteran si los estudiantes tienen o no que trabajar para cubrir o auxiliar en la cobertura de sus gastos. La información de la UNAM indica que hay una elevada proporción de alumnos que estudian y trabajan a la vez desde el inicio de su carrera y se supone que esto repercuta en sus trayectorias escolares. Asimismo, los datos oficiales ilustran que la reproducción depende de la interacción entre la procedencia escolar y las posibilidades socioeconómicas de las familias.

El origen de clase tiene, por tanto, un doble efecto: sobre las oportunidades para ingresar a nivel superior y para concluir una carrera en los tiempos previstos. Tiene otros que residen en la transmisión, adquisición y uso de capital cultural, para esto se ha explorado menos por el momento. Por el otro, habrá que reconocer que la medición de la eficiencia y calidad de la enseñanza de las instituciones está afectada, a veces considerablemente, por el entorno social de donde recluta sus estudiantes.

Toda esta problemática requiere de exploraciones y estudios sistemáticos más amplios y profundos en el país, a fin de orientar la política de distribución de las oportunidades para adquirir conocimiento socialmente relevante. En el futuro cercano, México continuará urbanizándose, lo que podrá significar un aumento de la presión social de las clases medias para que se abran posibilidades de estudiar en la Universidad. Entonces, por razones de competitividad para un desarrollo con equidad, es indispensable comenzar a planear y ejecutar cambios de fondo en el sistema de educación superior para hacer frente a la demanda, elevar la calidad de la educación superior y satisfacer de mejor manera los requerimientos del desarrollo.

Los factores políticos

Hay una serie de factores políticos que intervienen para propiciar, frenar y matizar las posibilidades de cambio institucional en las universidades. Su importancia es reconocida, lo mismo que la falta de análisis politológicos capaces de establecer las relaciones que mantienen y los nexos que guardan los ámbitos y niveles de la realidad en los que operan dichos factores. A continuación, se distinguen y enumeran varios de ellos.

* Director del Centro de Estudios sobre la Universidad.

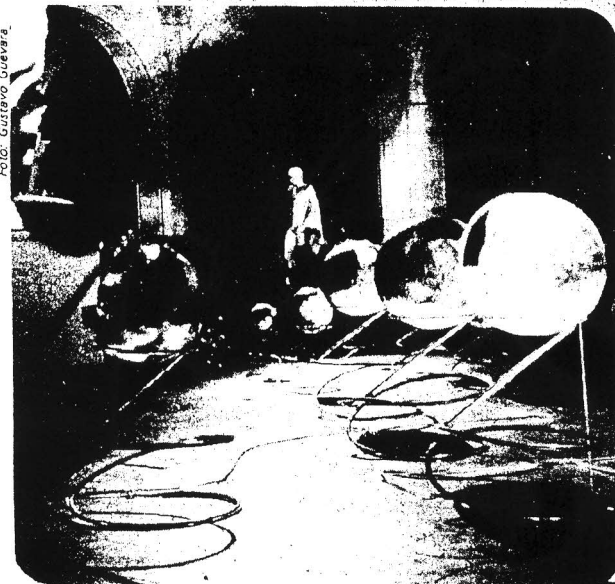


Foto: Gustavo Guevara